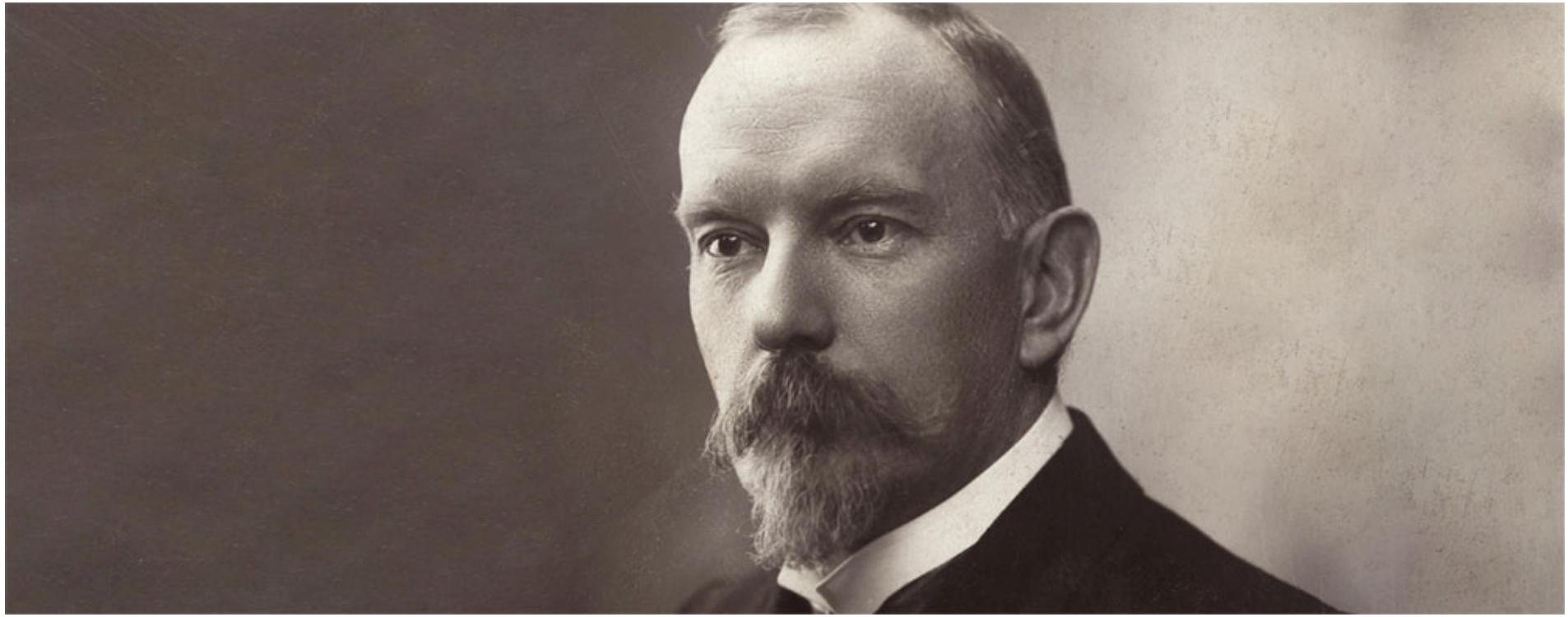
fundación
Ramón y Katia Acín

Extra de verano en la Fundación — Jules Renard



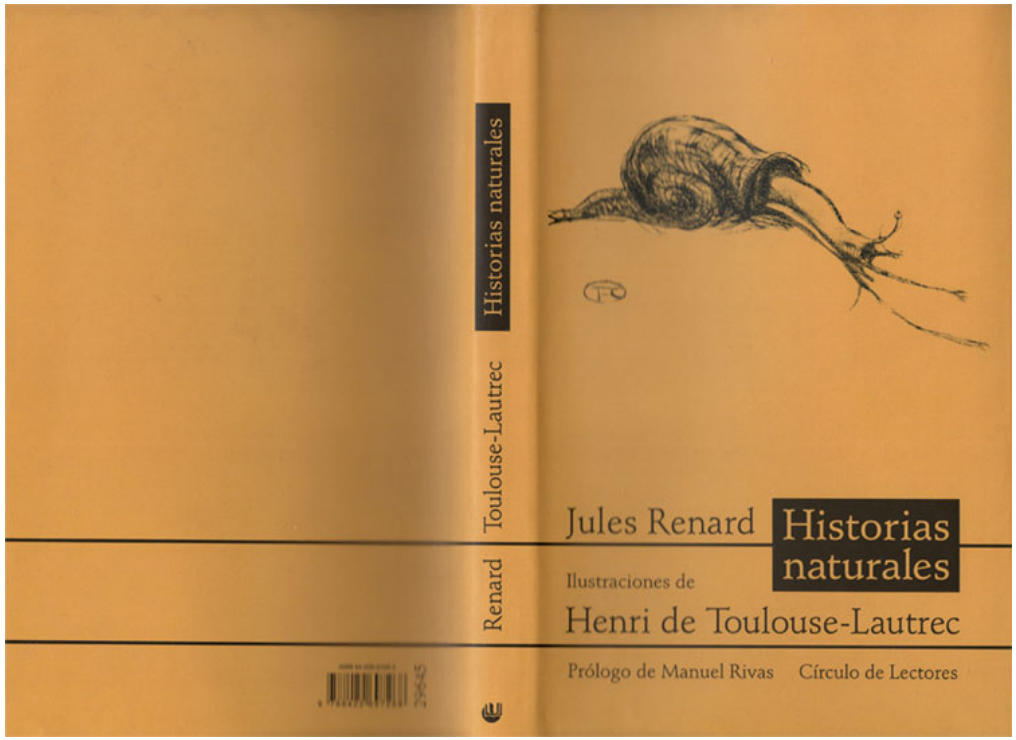
Pierre-Jules Renard

Jules Renard (Châlons-du-Maine, Mayenne, 22 de febrero de 1864-París, 22 de mayo de 1910) fue un escritor que hacía poesía con sus finísimas palabras y su medida del ritmo.

Os presentamos unos ejemplos del valor literario y humano de Renard. El texto de Manuel Rivas prologando las magníficas *Historias naturales* (1894), y el de Enrique Vila-Matas. Os dejamos con el resto de esta deliciosa entrega. Que la disfrutéis.

El arca de Renard -

Manuel Rivas. Prólogo de *Historias Naturales* con ilustraciones de Henri de Toulouse Lautrec. Círculo de Lectores, 2002



Si los antiguos cartógrafos llamaban bellas durmientes a las tierras desconocidas, o pendientes de exploración, he aquí el despertar, la revelación, de una belleza oculta. Dada a conocer en marzo de 1896, publicada por la casa Flammarion, *Histoires naturelles*, la obra más célebre de Jules Renard, permanecía durmiente para el mundo de la edición española. Me gustaría salir al campo con gorra encarnada, librea blanca y trompetilla de plata de avisador de cazas para anunciar tan extraordinaria noticia, como aquel de las Ardenas del que habla Cunqueiro que convocaba a los animales en el vado de Claseamert, «al asilo del sauce del rey, donde no seréis muertos». Por primera vez se publica en lengua castellana, y en forma, no ya de mapa, sino de maravillosa redoma, con las ilustraciones que en 1899, año tembloroso de su vida, realizó Toulouse-Lautrec, y la música que inspiró a Maurice Ravel.

Digamos, de entrada, que el tremendo siglo y pico ha pasado sin mellar la obra de Renard, o mejor dicho, le ha sentado bien. Más que resistir el paso del tiempo, da la impresión de que lo ha dejado pasar, al viento del tiempo, como la alondra, invisible allá en lo alto, fundida su existencia con el canto: « ¿Oís en algún lugar, allá arriba, majar trozos de cristal en una copa de oro?». Conserva, si, esa fuerza motriz de la gran escritura, que tensa y destensa los músculos faciales del lector, dilata o contrae sus pupilas, y de vez en cuando, con una súbita determinación, con un quiebro imprevisible, relampagueante, provoca un estremecimiento que recorre las vértebras.

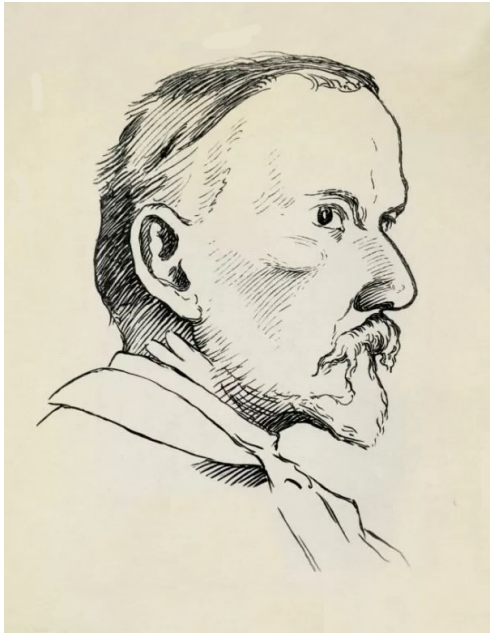
Dijo Levi-Strauss: «Los animales son buenos para pensar». Con la puntería de un aforismo, el autor de *El pensamiento salvaje*, exponía y resumía así una de las dimensiones más preciosas de esta especie tan enigmática a la que llamamos ser humano. Animal él mismo, el hombre se desplaza por la historia como un gran depredador, que va supliendo sus deficiencias, su inicial vulnerabilidad, con un extraordinario desarrollo de armas y herramientas. Pero ese hombre que impone su dominio, capaz de comerse el mundo, es a la vez subyugado, devorado por una curiosidad fascinada hacia los otros. En su mejor hechura, la cabeza humana tiene la forma del casco del arca del Noé. Su mente está poblada por criaturas que bullen en el principio de sus ideas y símbolos. La cultura humana se nos presenta como un gran bestiario en permanente metamorfosis.

Los animales son los vicarios que ligan al hombre con la realidad, pero también con la trascendencia. Le han dado encarnadura, vida, a sus abstracciones. Si borrásemos los animales de la literatura, del lenguaje y la imaginación, se cumpliría la pesadilla de ser abrazados por nuestra propia sombra. John Ford contaba que cuando una película decaía, él tenía un recurso infalible: metía un caballo en escena. A la película de la humanidad le salva siempre la oportuna aparición de un animal. O un libro como *Historias naturales*, que tiene también una forma de arca. Un arca curiosa, de no apabullantes dimensiones, obra local, como debió de ser la bíblica: disponible para cobijar la metáfora del universo. Jules Renard escribió en su diario: «La verdad es siempre de pequeñas dimensiones». ¡Cuánta verdad, incluso para la literatura! En su momento, la aparición de *Historias naturales* fue también muy oportuna. En lo literario, como si pasara un caballo entre aburridos artificios. En cuanto al tiempo histórico, en los años finales del siglo XIX la fe positivista, basada en el potencial imparable de la técnica, era el denominador común de todas las utopías, el progreso y la técnica, y más máquinas más veloces aceleraban en las rampas de salida, con la belleza de madrina. No era el momento de clamar: «¡Cuidado con la maquinaria pesada! ». Renard, como Daudet, fija su atención en un mundo que no se percibe desde la velocidad. No se trata de una reacción nostálgica ni del lamento por un paraíso perdido. El escritor no desgrana ningún programa ni confronta formas de vida. Tampoco hay fábula ni exempla ni podemos hablar de cuentos de animales en el sentido tradicional. Renard, al contrario, es muy moderno, sin pretenderlo, como lo pueden ser ciertos haikus orientales o algunos epitafios latinos que todavía nos invitan a brindar por lejanos muertos. El escritor se comporta como un situacionista, concentra todos los sentidos, interioriza el halo de la vida y lo que luego nos ofrece, fruto de un laborioso revelado, son estampas de re-existencia, donde todo vibra, todo habla. Podríamos parafrasear a Levi-Strauss y decir ahora: «Los animales son buenos para escribir». Uno de los mejores conservantes de la literatura es la ironía.

«Nadie lee la hoja del diario oficial expuesta en el muro del ayuntamiento. Sí, la cabra». A continuación, esta inteligente criatura de las *Historias naturales* se come el documento: «Nada se desperdicia en este pueblo». Y estoy seguro de que eso mismo es lo que haría la cabra, por indicación de Jules Renard, con este prólogo. Estamos ante un escritor que teme cualquier despilfarro, que reacciona con una especie de literatura ecológica ante los excesos retóricos de la escolanía simbolista. Incluso le incomoda el dispendio retórico en la naturaleza, como cuando dirige su ironía hacia las palomas, la especie con mejores relaciones públicas a lo largo de la historia: «A la larga, esa manía hereditaria de tener siempre en la garganta algo que no se acaban de tragar, se vuelve insoportable».

Está claro, ahora, que Renard no quiere que le confundan con un pichón costumbrista ni con una urraca tipista, también «insoportable con su chaqué». Pero, para evitar ese y otros peligros, en *Historias naturales* tuvo que resolver una cuestión crucial en todo escritor y en toda obra: el lugar del yo. Nuestro hombre la resuelve con una sencillez de apariencia pasmosa que va a resultar determinante en la pugna con el tiempo. Alguien salta de la cama y... comienza el espectáculo.

Ese alguien no es un lustroso yo, dispuesto a hacerse oír y notar, sino un personaje en verdad discreto y extraordinario: la mirada. En el libro recibe el nombre de El cazador de imágenes. Es la mirada la que construye el relato. Una mirada panteísta, y paciente, que merodea la existencia hasta que ésta se deja ver, como una liebre color tierra entre los surcos.



En esta modalidad de caza, el yo se confunde con los otros: captura cuando es cautivada. Es más, el personaje de la mirada alcanza su cumbre cuando se confunde con la escritura. La mirada que activa todos los sentidos, que escribe, esa mirada táctil, asombrada pero también dotada de memoria, ha tenido que ir sorteando muchos obstáculos, empezando por las barreras visuales que a veces establece la propia cultura. Así que lo exótico, lo extraordinario, la densidad dramática, el gran escenario del mundo, estaba ahí, a un palmo de narices, bajo el disfraz de lo doméstico, de lo tradicional, como un pequeño Belén en la vieja Europa campesina, con sus casitas, su río, su bosque y sus pastores. Pero, ¡cuidado! Las «historias naturales» no se prodigan. Sobre todo, no se «ven» de buenas a primeras. El cazador de imágenes debe saber ver. Debe saber esperar a ver. Y esta clase de imágenes, en su instantáneo resplandor, en su repentina iluminación, alumbran palabras precisas o son alumbradas por ellas.

«¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo!», clama Ricardo III. Y Carlos Edmundo de Ory parece responderle desde la lejanía con poética ilusión: «Un caballo por una metáfora». Aquí, en Renard, tenemos el caballo, un pequeño reino y la metáfora. Un caballo que no es hermoso, un caballo viejo y enternecedor, en el que bien pudo inspirarse Juan Ramón para su burro Platero, y que se pea, se pea, se pea entre las líneas del texto.

Alguien salta de la cama, y vamos ya, cuatro líneas después, con suave determinación, por un camino de guijarros pulidos, un camino «que muestra sus huesos». En su momento, en Francia, fue un libro de gran éxito, por una agraciada conjunción de motivos. La fascinación, el encantamiento, que hoy sentimos al leer *Historias naturales* se debe fundamentalmente a un logro estético. Una cuidadosa economía de las palabras dotadas de un valor extra de sentido, un lenguaje preciso y claro, transparente, del color del cristal, pero también preñado del enigma, del secreto, con que el aliento humano emboza el vidrio de la contemplación. La simplicidad de Renard alimenta el misterio. Su economía, por decirlo así, tiene un efecto expansivo. La creación se sale del libro. Ese carácter germinal explica, por ejemplo, la entusiasta excitación que despierta en Ravel, ansioso por liberar en música esa redoma rural de Renard, de una engañosa corteza bucólica, donde el cisne persigue retazos de nubes en el agua para comérselos (¡Ah, era un gusano!), la libélula chisporrotea como si volara con electricidad y, al final, todo tiembla, en la inquieta incertidumbre de los silencios. Renard, sin embargo, más bien recelaba de las experiencias recreativas que inspiró su obra. En el texto estaba todo. También la mejor forma de oír al silencio.

He aquí una preceptiva nada grandilocuente: «Miro, escucho, anoto, pero yo soy neutro». ¿Neutro Renard? ¿Neutro el cazador de imágenes? Jean Boire, explorador de su obra, apostilla: «Él sabe que esto es imposible». Resulta curioso el esfuerzo de Jules Renard por retratar hasta las entrañas y, al mismo tiempo, distanciarse del principal escenario de su vida y su obra. ¡País natal, país mortal! Pero, sin duda, en ese empeño tan difícil, para quien, además, fue alcalde de su pueblo, hay una intuición y una voluntad de preservar las cualidades de la mirada literaria. Por un lado, te acerca, por otro, te distancia. John Berger, en su epílogo a Puerca tierra utilizaba la imagen del movimiento de la lanzadera de un telar. En una identificación más plena, Jules Renard podría contagiarse como escritor de las «manías hereditarias» y perder el punch de su ironía. Esa que le previene de toda idealización: «Nunca fue el campesino indignado intérprete de la naturaleza».

Antes de que la cabra se coma el prólogo, sería conveniente enmarcar la historia natural del propio Renard, «monsieur Jules», como le tratarán de mayor sus convecinos. Tercer hijo de François Renard y Rosa-Anne Colin, Jules nace en 1864, en Châlons-du Maine (departamento de La Mayenne), donde su padre trabaja como contratista en las obras del ferrocarril, pero el epicentro de su existencia a partir de los tres años estará situado en la comarca de Nièvre, y más en concreto en Chitry y Chaumot, dos pequeños pueblos gemelos, al uno y otro lado del rio Yonne. Todavía podemos ajustar más esa topografía sentimental y vital, y distinguir dos casas. La primera, en Chitry, comprada por sus padres y donde residirá gran parte de la infancia y adolescencia, antes de desplazarse a estudiar a Nevers, y luego a París. El nombre de esta casa también es importante, pues dará título a otra obra destacada en la producción de nuestro autor: Poil de Carotte. La segunda casa, en Chaumot, recibirá el nombre de La Gloriette, que era como llamaba Renard a su esposa Marie Morneau. En este lugar residirá con su familia largas temporadas, alternando con estancias en París. Entre esta casa de campo y la capital, fructificará el escritor adulto. Renard fue alcalde de Chitry, elegido en 1904. Su ideario era el de un republicano progresista, con ideas próximas al socialismo, y muy sensibilizado por el caso Dreyfus y el proceso a Émile Zola por su Yo acuso. También había sido alcalde del pueblo su padre, François, francmasón, republicano y anticlerical, y quien, en un definitivo rasgo de carácter, que impactará hondamente a Jules, puso fin con un disparo en el pecho al sufrimiento que le causaba lo que en las necrológicas llamamos pudorosamente «una larga enfermedad».

Lo que escribe Renard es poesía. Es prosa, pero sabemos que tenemos que llamarlo poesía, porque las palabras llevan una riqueza especial, como ligeros fardos de azafrán, sobre los hombros. Lo explica muy bien Sophia de Melo, sin teorías, con una anécdota: «Cuando Helena decía `el cocotero', pues `el cocotero' quedaba mucho más vegetal». La poesía no suele estar en los libros de poesía, pero está, y de qué forma, en *Historias naturales*. En sus primeros balbuceos como escritor, Jules Renard escribió poemas y llegó a autoeditar un par de ellos, en 1886, impresos en papel azul cielo. Fue en París y fue un fracaso. Se había ido a la capital en 1881 y tampoco le había ido demasiado bien en los estudios. Pasó bastantes penurias, pero resistió. Peleó con sus poemas en los cafés literarios, buscó resquicios para introducir se en el periodismo. Por lo visto, en abril de 1888 le sonrió a un tiempo el amor y una cierta fortuna. La que aportó como dote, al casarse, Marie. Ella tiene diecisiete años y el escritor, veinticuatro. Es una feliz circunstancia que le permite, ese mismo año, publicar una selección de cuentos, Crime de village, que dedica a su padre, y también, al año siguiente, participar con otros jóvenes escritores en la fundación del diario Le Mercure de France, en el que colaboró con intensidad, como crítico literario y en otros campos, durante varios años. Ese año de 1889 nace su primer hijo. En 1890 publica Sourires pincés, que incluye avances de lo que será Poil de Carotte. En 1892, aparece la novela L'Écornifleur. En 1895, la *Nouvelle Revue* adelanta *El cazador de imágenes*, el texto obertura de lo que será *Historias naturales*. Al año siguiente, en marzo de 1896, se publica la obra, que irá incrementándose en capítulos y sucesivas ediciones, y que supondrá, desde el primer momento, un gran éxito literario. En una de las historias, la de *Las ranas*, Renard ironiza sobre la Legión de Honor: «No encuentro nada y miro melancólicamente el ojal, ahí dispuesto, que sin que sirva de reproche, no se dan prisas en ornar con una cinta roja». Pues bien, no tardará en llegarle esa distinción, es nombrado caballero en 1900, y otros reconocimientos como su entrada en la Academia Goncourt. Mantiene una intensa actividad literaria, que se proyecta en París, pero conserva el vínculo nutricio con Chitry. A finales de 1909, se siente enfermo, dominado por una «gran fatiga». Fallece en 1910, a los cuarenta y seis años. No sin antes dictar una última lección contra la pedantería: «De cualquier forma, he terminado. Podría recomenzar, y esto sería mejor, pero no se notaría. Va a ser mejor poner fin».

Precisión, diríamos, hasta el último momento. Una precisión de claridad ahumada, una sencillez enigmática, que es la marca de *Historias naturales* y que hacen de cada frase una honesta candidata al aforismo. Pero, también hasta el final, lo que Nabokov denominaba el «salto de caballo», el magistral quiebro que nos deja perplejos y mudos, como si fuésemos pescadores que por vez primera descubriésemos la mirada del pez.☐

Historias naturales. Selección

La cabra

Nadie lee la hoja del diario oficial expuesta en el muro del ayuntamiento.

Sí, la cabra.

Se alza sobre sus patas traseras, apoya las delanteras en la parte inferior del cartel, remueve los cuernos y la barbita, y agita la cabeza a derecha e izquierda, como si fuera una vieja que leyera.

Una vez acabada la lectura, y puesto que el papel desprende el agradable olor de la cola fresca, la cabra se lo come.

Nada se desperdicia en el pueblo.

Los conejos

En un medio tonel, Negro y Gris, con las patas calentitas bajo la pelusa, comen como vacas. Sólo hacen una comida que dura todo el día.

Si se retrasan en darles hierba fresca, roen la vieja hasta la raíz, e incluso con la raíz pueden entretener sus dientes.

Y en ese momento acaban de arrojarles una lechuga. Negro y Gris se ponen manos a la obra a la vez.

Hocico contra hocico, se afanan, inclinan la cabeza y sacuden las orejas.

Cuando ya sólo queda una hoja, la toman cada uno por un extremo y luchan a ver quién es más rápido.

Se podría creer que juegan, incluso que se ríen, y que una vez devorada la hoja una caricia fraternal unirá sus hocicos.

Gris, sin embargo, se siente desfallecer. Desde ayer tiene el vientre hinchado y una bolsa de agua le ha inflado. Cierto es que se daba unos buenos atracones y, aunque una hoja de lechuga se puede comer sin tener hambre, ya no puede más. Suelta la hoja y se tumba al lado, sobre sus cagarrutas, con breves convulsiones.

Se ha quedado rígido, con las patas separadas, como para el anuncio de un armero: Se mata limpiamente, se mata a lo lejos.

Durante un instante Negro se detiene, sorprendido. Observa, sentado sobre sus patas traseras, con la respiración tranquila, los labios juntos y el ojo rodeado de un círculo rosa.

Parece un hechicero que tratara de desvelar un misterio.

Sus dos orejas tiesas indican la hora suprema.

Luego se abaten.

Y se acaba su hoja de lechuga.

El gato

I

El mío no come ratones, no le gustan.

Sólo los atrapa para jugar con ellos. Una vez ha jugado, les perdona la vida y se va a otro lugar a soñar, el inocente, sentado sobre el bucle de su cola, con la cabeza cerrada como un puño. Sin embargo, a causa de sus garras, el ratón ha muerto.

II

Se le dice:

- ¡Atrapa ratones y deja en paz a los pájaros!

Qué gran sutilidad, y hasta el gato más avezado a veces se equivoca.

El asno

I

Todo le importa un bledo. Cada mañana conduce, con recios pasitos de funcionario, al cartero Jacquot a que distribuya por los pueblos los encargos que ha llevado a cabo en la ciudad, las especias, el pan, la carne, algunos periódicos y una carta.

Al acabar su ronda, Jacquot y el asno trabajan por su cuenta. El coche les sirve de carreta. Juntos se van a la viña, al bosque o a recoger patatas. A veces vuelven con verduras, otras con escobas verdes, una u otra cosa, según el día.

Jacquot no cesa de exclamar, sin motivo, como si roncara: - ¡Arre! ¡Arre!

En algunas ocasiones, cuando husmea un cardo o si le pasa una idea por la cabeza, se detiene. Jacquot le rodea el cuello con el brazo y lo empuja. Si el asno se resiste, Jacquot le muerde la oreja.

Comen en el margen del camino, el patrón un mendrugo y cebollas, y el asno lo que se le antoja.

Regresan por la noche. Sus sombras pasan lentamente de un árbol a otro.

De repente, el lago de silencio donde ya reposan y duermen las cosas, se rompe, sobresaltado.

¿Qué ama de casa extrae a estas horas cubos de agua de su pozo con una polea oxidada y chillona?

El asno se levanta y expulsa su chorro de voz y rebuzna hasta extinguirse, que le importa un bledo, que le importa un bledo.

II

Un conejo que ha crecido.

Una familia de árboles

Doy con ellos tras haber atravesado un llano ardiente de sol.

No viven junto al camino a causa del ruido. Habitan en los campos sin cultivar, encima de una fuente que sólo los pájaros conocen.

Desde lejos parecen impenetrables. En cuanto me aproximo, sus troncos se separan. Me acogen con prudencia. Puedo descansar y refrescarme pero adivino que me observan y desconfían.

Viven en familia, los más viejos en el medio y los pequeños, aquellos cuyas hojas acaban de nacer, un poco por todas partes, pero no muy alejados de los demás.

Tardan mucho en morirse y mantienen a los muertos en pie hasta que caen convertidos en polvo.

Se toquetean con sus largas ramas para asegurarse de que todos están allí, como hacen los ciegos. Gesticulan encolerizados si el viento sopla y sopla para arrancarlos de raíz. Pero entre ellos no hay disputas. Sólo murmuran para manifestar su acuerdo.

Siento que deben de ser mi verdadera familia. Pronto olvidaría a la otra. Quizá me adoptarán poco a poco, y para merecerlo aprendo cuanto hay que saber:

Ya sé mirar cómo pasan las nubes.

También sé quedarme quieto.

Y casi sé permanecer callado.

Las perdices

La perdiz y el labriego viven en paz, él tras su carro, ella en la alfalfa vecina, a la distancia que ambos necesitan para no molestarse mutuamente. La perdiz conoce la voz del labriego y no le teme cuando grita o maldice.

Aunque chirríe el carro, tosa el buey o brame el asno, sabe que no ocurre nada.

Y esa paz dura hasta que yo la interrumpo.

Llego yo y la perdiz alza el vuelo, el labriego está intranquilo y también el buey y el asno. Disparo y, con el estrépito provocado por un latoso, toda la naturaleza se desordena.

Esas perdices las levanto primero en un rastrojo, luego las levanto en un campo de alfalfa, luego las levanto en un prado, después junto a un seto; más tarde en un rincón del bosque, luego...

Y de repente me detengo, sudado, y exclamo: - ¡Qué salvajes! ¡Cómo me hacen correr!

A lo lejos me ha parecido ver algo al pie de un árbol, en medio del prado.

Me acerco al seto y miro por encima de éste.

Me parece que el cuello de un pájaro se yergue a la sombra del árbol. Inmediatamente se acelera el latir de mi corazón. Entre esa hierba no puede haber más que perdices. Con una señal familiar, la madre, al oírme, las ha hecho tumbarse en el suelo. Ella también se ha agachado. Sólo su cuello permanece tieso, y vigila. Pero dudo, puesto que el cuello no se mueve y temo equivocarme y disparar contra una raíz.

Aquí y allá, junto al árbol, unas manchas amarillas, que pueden ser perdices o terrones, acaban por enturbiarme la vista.

Si hago que las perdices alcen el vuelo, las ramas del árbol me impedirán dispararles en el aire así que prefiero, por disparar en el suelo, cometer lo que los cazadores serios llaman un asesinato.

Pero aquello que me parece un cuello de perdiz sigue sin moverse.

Espío durante un buen rato.

Si se trata realmente de una perdiz, es de admirar por su inmovilidad y su vigilancia, y las demás por su manera de obedecerla se merecen a tal guardiana. Ni una de ellas se mueve.

Preparo una estratagema. Me escondo tras el seto y dejo de observar pues igual que yo puedo verla, ella puede verme.

En ese momento todos somos invisibles, envueltos por un silencio mortal.

Luego, de nuevo, vuelvo a observar.

¡Oh! ¡Esta vez estoy seguro! La perdiz ha creído que yo había desaparecido. Ha alzado el cuello y el movimiento que hace para encogerlo la denuncia.

A lo lejos me ha parecido ver algo al pie de un árbol, en medio del prado.

Me acerco al seto y miro por encima de éste.

Me parece que el cuello de un pájaro se yergue a la sombra del árbol. Inmediatamente se acelera el latir de mi corazón. Entre esa hierba no puede haber más que perdices. Con una señal familiar, la madre, al oírme, las ha hecho tumbarse en el suelo. Ella también se ha agachado. Sólo su cuello permanece tieso, y vigila. Pero dudo, puesto que el cuello no se mueve y temo equivocarme y disparar contra una raíz.

Aquí y allá, junto al árbol, unas manchas amarillas, que pueden ser perdices o terrones, acaban por enturbiarme la vista.

Si hago que las perdices alcen el vuelo, las ramas del árbol me impedirán dispararles en el aire así que prefiero, por disparar en el suelo, cometer lo que los cazadores serios llaman un asesinato.

Pero aquello que me parece un cuello de perdiz sigue sin moverse.

Espío durante un buen rato.

Si se trata realmente de una perdiz, es de admirar por su inmovilidad y su vigilancia, y las demás por su manera de obedecerla se merecen a tal guardiana. Ni una de ellas se mueve.

Preparo una estratagema. Me escondo tras el seto y dejo de observar pues igual que yo puedo verla, ella puede verme.

En ese momento todos somos invisibles, envueltos por un silencio mortal.

Luego, de nuevo, vuelvo a observar.

¡Oh! ¡Esta vez estoy seguro! La perdiz ha creído que yo había desaparecido. Ha alzado el cuello y el movimiento que hace para encogerlo la denuncia.

Espío durante un buen rato.

Si se trata realmente de una perdiz, es de admirar por su inmovilidad y su vigilancia, y las demás por su manera de obedecerla se merecen a tal guardiana. Ni una de ellas se mueve.

Preparo una estratagema. Me escondo tras el seto y dejo de observar pues igual que yo puedo verla, ella puede verme.

En ese momento todos somos invisibles, envueltos por un silencio mortal.

Luego, de nuevo, vuelvo a observar.

¡Oh! ¡Esta vez estoy seguro! La perdiz ha creído que yo había desaparecido. Ha alzado el cuello y el movimiento que hace para encogerlo la denuncia.

Apoyo lentamente en el hombro la culata de mi escopeta...

Por la noche, cansado y ahíto, antes de amodorrarme en un sueño abundante en caza, pienso en las perdices que he cazado durante todo el día e imagino la noche que estarán pasando.

Están enloquecidas.

¿Por qué algunas no han respondido a la llamada?

Ambas dejaron un poco de amor, un poco de sangre y unas plumas sobre la misma tierra.

¿Por qué algunas sufren y, picoteando sus heridas, no se tienen en pie?

¿Por qué las han asustado a todas?

En cuanto se posan, en ese mismo instante, la que vigila da la señal de alarma. Tienen que marcharse, abandonar la hierba o el rastrojo.

No hacen más que huir y se asustan incluso de aquellos ruidos a los que estaban acostumbradas.

Ya no retozan, ni comen, ni siquiera duermen. No entienden nada.

Si la pluma que cayera de una perdiz herida fuera a clavarse por sí misma en mi sombrero de orgulloso cazador, no me parecería exagerado.

En cuanto llueve mucho o hace un tiempo demasiado seco, en cuanto mi perro ya no puede oler, yo fallo mis disparos y las perdices se vuelven inalcanzables, me considero en estado de legítima defensa.

Hay pájaros, como la urraca, el arrendajo, el mirlo o el tordo, contra los cuales un cazador que se respete no lucha, y yo me respeto.

¡Sólo me gusta medirme con las perdices! ¡Son tan astutas!

Entre sus astucias se cuenta la de marcharse desde lejos, pero se las puede atrapar y aplicarles una corrección.

Esperan también a que el cazador haya pasado, pero tras él alzan el vuelo y él se vuelve.

Se ocultan en un profundo campo de alfalfa, pero hacia ahí se dirige directamente el cazador.

O dan un rodeo en su vuelo, pero así se aproximan.

También corren en vez de volar, y corren más raudas que el hombre, pero ahí está el perro.

Y se llaman entre ellas en cuanto se las divisa, pero así llaman también al cazador y a éste nada le parece más agradable que su canto.

Esa pareja de jóvenes comenzaba a vivir por su propia cuenta. Las sorprendí al atardecer junto a un campo arado. Alzaron el vuelo tan estrechamente unidas, ala con ala si se me permite decirlo así, que el disparo que mató a una abatió también a la otra.

Una no vio ni sintió nada, pero la otra tuvo tiempo de ver a su compañera muerta y de sentir cómo ella misma agonizaba junto aquélla.

Ambas dejaron un poco de amor, un poco de sangre y unas plumas sobre la misma tierra.

Cazador, has matado dos pájaros de un tiro: anda a contárselo a tu familia.

Aquellas dos viejas del año pasado cuya nidada había sido destruida se amaban tanto como las jóvenes. Siempre las veía juntas. Tenían gran habilidad para evitarme y no me encarnizaba persiguiéndolas. Si maté a una de ellas fue por azar. Y a continuación busqué a la otra para matarla, a ella también, ¡por piedad!

Ésta tiene una pata rota que cuelga como si la sostuviera yo por un hilo.

Aquélla sigue primero a las demás hasta que sus alas la abandonan; cae y corretea; corre tanto como puede delante del perro, ligera y con medio cuerpo fuera del surco.

Ésta ha recibido un perdigón en la cabeza. Se separa de las demás. Apunta hacia el aire, atolondrada, sube más arriba de los árboles, más alto que el gallo del campanario, hacia el sol. Y el

cazador, angustiado, la pierde de vista y, de repente, cede al fin al peso de su pesada cabeza. Repliega las alas y va a incrustarse con el pico en el suelo, allá abajo, como una flecha.

Otra cae, sin decir ni pío, como el trapo que se arroja frente al hocico del perro para entrenarlo.

Ésa, con el disparo, oscila como una barquita y zozobra.

No se sabe por qué ha muerto ésa, tan secreta es la herida bajo sus plumas.

Raudo guardo ésta en mi zurrón, como si tuviera miedo de que me vieran, de verme a mí mismo.

Sin embargo, debo estrangular a esa que no quiere morir. Entre mis dedos araña el aire, abre el pico, su fina lengua palpita y sobre los ojos, dice Homero, desciende la sombra de la muerte.

Allá abajo el campesino alza la cabeza al oír mi disparo y me observa.

Es un juez, ese trabajador; se dispone a hablarme; me avergonzará en un tono de voz grave.

No: a veces es un campesino celoso que rabia por no poder cazar como yo, y a veces es un noble campesino al que divierto y que me indica a dónde han ido mis perdices. Nunca es el intérprete indignado de la naturaleza.

Regreso por la mañana, tras cinco horas de marcha, con el zurrón vacío, cabizbajo y sintiendo el peso de la escopeta. Hace un bochorno que presagia tormenta y mi perro, derrengado, me precede, con pasos cortos, siguiendo los setos y a menudo se sienta a la sombra de un árbol y ahí me espera.

De repente, al atravesar un campo de alfalfa fresca, cae o más bien se tumba: es una parada firme, con una inmovilidad de vegetal. Sólo le tiemblan los pelos del extremo de la cola. Juraría que hay perdices justo frente a él. Están ahí, pegadas las unas a las otras, al abrigo del viento y del sol. Ven al perro, me ven a mí, quizás incluso me reconocen y, aterrorizadas, no osan marcharse.

Me libro de mi modorra y ya estoy dispuesto, y espero.

Mi perro y yo no seremos los primeros en movernos.

Bruscamente y a la vez, las perdices se marchan: todavía pegadas las unas a las otras, como si fueran sólo una, y disparo mi escopeta cual puñetazo contra ese garbullo. Una de ellas, noqueada, hace una pirueta. El perro se abalanza sobre ellas y me trae un jirón ensangrentado, media perdiz. El puñetazo ha hecho desaparecer el resto.

¡Vamos! ¡No hay que volver de cazar con las manos vacías! El perro da brincos y yo me pavoneo orgullosamente.

¡Ah, cómo me merecería un buen perdigonazo en el culo!

Las ranas

Con bruscos estiramientos ejercitan sus muelles.

Saltan sobre la hierba como pesados goterones de aceite frito.

Se posan, pisapapeles de bronce, sobre las grandes hojas del nenúfar.

Una se hincha de aire. Introducirías una moneda por su boca en la hucha de su vientre.

Asciende, como un suspiro, del fango.

Inmóviles, parecen, con sus grandes ojos a flor de agua, los tumores del charco liso.

Sentadas, bien vestidas, estupefactas, bostezan ante el sol poniente.

Luego, como los ensordecedores vendedores de periódicos callejeros, gritan las últimas noticias del día.

Esta noche dan una fiesta en su casa; ¿las oís fregar los vasos?

A veces atrapan un insecto de un bocado.

Y en otras ocasiones sólo se ocupan del amor. Y todas tientan al pescador.

Rompo, sin dificultad, una caña. Llevo, enganchada en mi gabán, una aguja que puedo curvar como un anzuelo. No me falta hilo.

Pero aún necesito un hilo de lana, un trocito de cualquier cosa de color rojo.

Busco entre mis pertenencias, por el suelo, en el cielo.

No encuentro nada y miro melancólicamente el ojal, ahí dispuesto, que, sin que sirva de reproche, no se dan prisas en ornarlo con una cinta roja.[1]

---

1 Renard se refiere al distintivo de la condecoración de la Legión de Honor que no le sería concedida hasta al cabo de unos años de la publicación de esta mordaz historia. (N. del T)

El sapo

Nacido de una piedra, vive bajo una piedra y en ella excavará su tumba.

Le visito con frecuencia y cada vez que levanto su piedra tengo a la vez miedo de hallarlo allí y miedo de que ya no esté. Está ahí.

Oculto en ese refugio seco, limpio, estrecho, tan suyo, lo ocupa plenamente, hinchado como la bolsa de un avaro.

En cuanto la lluvia le hace salir de ahí se planta frente a mí. Da unos cuantos saltos pesados y me mira con sus ojos enrojecidos.

Aunque el mundo injusto le trate como a un leproso, no me da miedo acuclillarme junto a él y acercar al suyo mi rostro de hombre.

Luego venceré un poso de asco y te acariciaré con mi mano, sapo.

Otros hay que tragarse en la vida que más nos duelen en el corazón.

Sin embargo, ayer, me faltó tacto. Fermentaba y rezumaba el sapo con todas sus verrugas reventadas.

- Amigo mío -le dije-, no quisiera apenarte pero ¡Dios, mira que eres feo!

Abrió su boca pueril y desdentada, de cálido hálito, y me respondió con un ligero acento inglés:

- ¿Y tú?☐

Jules Renard: dignificar el fracaso – web El aforista

http://www.elaforista.es/2015/05/jules-renard-dignificar-el-fracaso.html

Sergio García - No hay más que ver la imagen de Jules Renard en la portada de la edición de su *Diario 1887-1910* preparada por la editorial *Debolsillo* para hacernos una idea de la clase de literatura que encontraremos en su interior: se dibuja un rostro retador, vigilante, se vislumbra uno de esos seres que sabes que no te van a dejar pasar ni una. “No serás nada. Por más que hagas: no serás nada”, se acusa Renard en las primeras páginas de su *Diario*, y ya desde ese momento me sedujo esa declaración de intenciones, esa certeza de una tara inaugural que no hizo sino avivar el interés sobre el resto del libro. Porque, ¿de qué puede seguir hablando alguien que reconoce a las primeras de cambio su insignificancia? Como a todo buen letraherido, no le queda más remedio que seguir conversando consigo mismo: habla de amigos, de enemigos, cuenta anécdotas, emite opiniones y, sobre todo, lo que más me interesó: llenó sus páginas de aforismos muy agudos, extremadamente lúcidos, impregnados de una cortante inteligencia, pero también de la ternura y humanidad de quien asume la derrota como algo natural.

Renard es adictivo, casi nunca defrauda y además fue un excelente cultivador de todos los estilos aforísticos: una vez que parece haber logrado la máxima depuración y hondura poética con palabras como “Nieve sobre el agua: silencio sobre silencio”, se supera con aforismos como “He construido castillos en el aire tan hermosos que me conformo con las ruinas”, uno de mis textos favoritos, en el que logra dignificar el fracaso de manera sublime. Y así sigue a lo largo del libro, combinando hallazgos próximos a la greguería (“El pájaro, ese fruto nómada del árbol”) con manifestaciones de su afilado sentido del humor (“Recientemente una obra suya ha sido prohibida por el público”).

Reconozco pues, mi adicción a ese maravilloso gruñón que es Jules Renard. Vuelvo continuamente a él porque me es imprescindible una voz como la suya, irónica, distanciada, que restablezca el equilibrio y juzgue a la realidad con la misma crudeza con la que ésta se nos impone a nosotros. Vuelvo a Renard por el magisterio que me sugiere, por su milagrosa capacidad para llegar a esa comprimida y exacta formulación de una idea a la que aspiramos todos los aforistas. Vuelvo a Renard, en definitiva, porque posee esa magia del aforista genial capaz de hacernos saber que sabíamos ciertas cosas sin darnos cuenta, por el eco perpetuo que me dejan sus breves anotaciones: “Mis frases harán fortuna. Yo no”.

SELECCIÓN DE AFORISMOS DEL *DIARIO* DE RENARD
por El Aforista

La patria es todos los paseos que puedas dar a pie alrededor de tu pueblo. Mi pueblo es el centro del mundo, porque el centro del mundo está en todas partes.
Junto a una mujer, inmediatamente siento ese placer un poco melancólico que se tiene en los puentes al mirar fluir el agua.
A la primera sonrisa de cualquier mujer, estaría perdido. Por suerte, soy feo. Se asustan un poco, y ninguna me escribe.
La palabra más verdadera, la más exacta, la más llena de sentido es la palabra "nada".
Solo hago vida social cuando tengo ganas de aburrirme.
Un padre, aunque apenas lo veas, aunque apenas pienses en él, sigue siendo alguien por encima de ti; y es dulce sentir que alguien está por encima, que si es necesario puede protegernos, que es superior a nosotros por edad, sensatez, responsabilidad.

SELECCIÓN DE AFORISMOS DEL *DIARIO* DE RENARD

por El Aforista

La patria es todos los paseos que puedas dar a pie alrededor de tu pueblo. M pueblo es el centro del mundo, porque el centro del mundo está en todas partes.

Junto a una mujer, inmediatamente siento ese placer un poco melancólico que se tiene en los puentes al mirar fluir el agua.

A la primera sonrisa de cualquier mujer, estaría perdido. Por suerte, soy feo. Se asustan un poco, y ninguna me escribe.

La palabra más verdadera, la más exacta, la más llena de sentido es la palabra "nada".

Solo hago vida social cuando tengo ganas de aburrirme.

Un padre, aunque apenas lo veas, aunque apenas pienses en él, sigue siendo alguien por encima de ti; y es dulce sentir que alguien está por encima, que si es necesario puede protegernos, que es superior a nosotros por edad, sensatez, responsabilidad.

Declaro que siento una atracción súbita y apasionada por las barricadas. Declaro que la palabra Justicia es la más bella del lenguaje humano, y que si los hombres ya no la entienden, es para echarse a llorar

Entérate de que no habrás progresado realmente hasta que hayas perdido el deseo de demostrar que tienes talento.

Uno siempre se equivoca sobre sus contemporáneos. Así que no los leamos.

Para el ojo lúcido, la modestia no es más que una forma, más visible, de la vanidad.

Estilo puro, como el agua es clara, a fuerza de trabajo, a fuerza de rozarse, por así decirlo, con las piedras

El que más nos quiere y nos admira es también el que menos nos conoce.

Los objetos de recuerdo, y hasta las fotografías, ¿para qué? Es dulce que las cosas también mueran, como los hombres.

Habría que escribir un libro para que los jóvenes reflexivos lo leyesen de en vez en cuando, y no el libro que hace pasar un par de horas deliciosas.☐

La inteligencia de Renard

Enrique Vila-Matas. El País. 12 jul 2008

Escribir es una forma de hablar sin que te interrumpan pero es, además, una actividad más complicada incluso de lo que parece porque, como decía Jules Renard (1864-1910), uno tiene que estar todo el rato demostrando su talento a gente que carece de él. La verdad es que, para las citas literarias, Renard siempre ha sido una verdadera mina. Véase ésta elegida al azar: "El hombre verdaderamente libre es el que sabe rechazar una invitación a cenar sin dar excusas". Cuando Dorothy Parker dijo aquello de que cada vez que se le ocurría una frase magnífica sospechaba que Oscar Wilde ya la habría escrito, cometió la ligereza de olvidarse de Jules Renard.

"Aunque no habla, se sabe que piensa tonterías". Esta cita de Renard nos puede servir siempre para desenmascarar a toda esa multitud de ágrafos y otros mudos interesantes que corren por el mundo. "Los editores son muy amables cuando uno no publica en su editorial". Los estallidos de lucidez que Renard desperdigó a lo largo de su *Diario* -donde exhibe maestría en el apunte rápido, siempre buscando "la frase que vibra, corta como un alambre demasiado tenso"- fueron a parar grotescamente, a mediados del siglo pasado, a los almanaques y los calendarios de cocina de media Europa. Era un destino más bien lamentable para la prosa de este admirable diarista, escritor sobrado de talento ("cuando me dicen que tengo talento, no hace falta que lo repitan: lo entiendo a la primera") que no esquivaba la mirada crítica sobre sí mismo. Podía ser despiadado con los demás porque él lo era consigo mismo.

Los estallidos de lucidez de Renard fueron a parar grotescamente a los calendarios de cocina de media Europa

Recuerdo haber crecido con frases de Renard opacadas por el humo de la cocina familiar, pero por suerte el equívoco de los almanaques -"mis frases harán fortuna; yo, no"- se ha ido corrigiendo con el tiempo y con los oportunos volúmenes de la Pléiade, y Jules Renard hoy en día no sólo es el creador de un puñado de ingeniosas citas y de la famosa novela *Pelo de zanahoria* (1894), sino el autor de ese gran clásico, *Diario (1887-1910),* que ahora se reedita en bolsillo, en edición de Josep Massot e Ignacio Vidal-Folch.

Pelo de zanahoria -edición y traducción de Ana María Moix, también en bolsillo- habla de un niño de la Francia profunda, al que llaman así por el color de su cabello, y es una historia que se inspira en la propia y dura experiencia del autor. Es un niño obligado a convivir con una madre que no le ama -lo mismo le sucedió a él en la vida real-, un padre que le ignora y unos amigos que hacen de él constante objeto de burla. En este clásico de la novela infantil para personas maduras, se derrocha el famoso talento de Renard, pero eso puede llevar a confusión y oscurecer las virtudes de Renard como diarista, muy superiores a las del narrador. Porque como escritor tenía más agudeza que imaginación y más talento que dotes narrativas. En el diarista había una voluntad moral de ir a la caza de la verdad, aunque no ignoraba que ésta no era siempre arte: "Pero la verdad y el arte tienen puntos en contacto: yo los busco". No cesó de buscarlos. Pero también hay quien cree que inventó la literatura del silencio. Multitud de frases al final de la vida de Renard, escritas en su *Diario,* parecen abonar esa teoría: "Nieve sobre el agua: silencio sobre silencio".

Sartre ironizó acerca de la suerte que corrió esa estética que posiblemente, sin saberlo, fundó Renard dando el disparo de salida del teatro del silencio, y también de esos "enormes consumidores de palabras que fueron los poemas surrealistas (...) Hoy, Blanchot se esfuerza por construir singulares máquinas de precisión -que se podrían llamar *silenciosas,* como esas pistolas que desembuchan balas sin hacer ruido- en las que las palabras son cuidadosamente elegidas para anularse entre ellas...". Sartre consideraba que Renard no pretendía conquistar un silencio desconocido más allá de la palabra, ni su meta fue nunca

inventar el silencio: "El silencio, él se imagina poseerlo desde antes. Está en él, es *él.* Es una cosa. Sólo hay que fijarla en el papel, copiarla con palabras. Es un realismo del silencio".Loredano-El País

¿Practicó un realismo del silencio? ¿Qué diría Renard a esto? Dejó un apunte que parece preguntarlo: "¿Hay que hablar con cuentagotas?". Y algo parece cierto: fue un escritor realista sin precisamente ambicionarlo. Si es verdad que el camino misterioso siempre va hacia el interior, el *Diario* de Renard ilustra muy bien esa creencia, presenta las oscuras oscilaciones de un camino intelectual, y acoge todas sus contradicciones: "He leído demasiado los periódicos para ver si me citaban. Enviado y dedicado demasiados libros, perdonando a los críticos, con brusca ternura, el bien que me habían hecho al no hablar ni bien ni mal de mí". Acoge todas las contradicciones y también los temores, sueños, confesiones, envidias, grandes ironías, profundas admiraciones ("¡qué rabia no ser Victor Hugo!"), frases sobre los amigos ("George Sand, esa vaca bretona de la literatura") y sobre los enemigos, cierta "nostalgia de la jungla", la certeza de que su inteligencia es una vela expuesta al viento. El 12 de diciembre de 1894 anota en su *Diario:* "Yo nací para el éxito en el periodismo, la gloria cotidiana, la literatura abundante: leer a los grandes escritores lo cambió todo. De ahí la desgracia de mi vida".

De esa vida y de la inteligencia, lucidez y desgracia que la acompañaron se ocupa su *Diario,* páginas que pueden leerse perfectamente como una novela, donde Renard pone en pie una literatura que él mismo define como "cartas a mí mismo que os permito leer". Los comentarios constantes a desgracias como la de haber leído a los grandes le permiten precisamente, apoyándose en su nada común inteligencia, convertirse en un grande.

Fue el primer escritor que descubrió que para triunfar de verdad, primero tienes que triunfar, y luego que los demás fracasen. De vez en cuando él trataba de contribuir al fracaso de los otros: "Estoy dispuesto a firmar la petición por Oscar Wilde, a condición de que se comprometa firmemente a no volver a... escribir". Es terrible con Marcel Schwob cuando le cuentan que ha sido visto en un café miserable, hundido, dando sorbitos a un vaso de licor negro. Y a Mallarmé le considera intraducible, incluso en francés. Pero tampoco tiene compasión de él mismo: "Clavar al suelo, de un tiro de escopeta, la cabeza de tu sombra".

Dice saber nadar lo justo para abstenerse de salvar a otros. Y vive en la certeza de que nunca llegará a nada, jamás será nada. De esa certeza, como dice Josep Massot en su certero prólogo, autores como Pessoa o Kafka -escritores que a Renard le habrían disgustado, pues la originalidad le horrorizaba- levantaron una poética completa. Él, en cambio, sólo trató de embridar su propio desorden interior por medio de la distancia irónica: "Leo páginas de este *Diario:* a fin de cuentas es lo mejor y más útil que he hecho en la vida". Su vida, novela contada en forma de diario, nos parece hoy una tempestad que revuelve el alma. No es preciso dejarse seducir siempre por su lúcida inteligencia: "¿Para qué estos cuadernos? Nadie dice la verdad, ni siquiera el que los escribe". Pero haremos bien de vez en cuando en escucharle: "¡Qué tranquilidad! Oigo todos mis pensamientos". Dijo que pensaba escribir su obra maestra en un rincón. Y es posible que el rincón, al igual que el silencio, fuera con él a todas partes y no hubiera que inventar nada. Ya enfermo grave, la última anotación del *Diario* lleva fecha de 6 de abril de 1910 y parece fundar una nueva vertiente del realismo del silencio: "Esta noche quiero levantarme. Pesadez. Una pierna cuelga fuera. Luego, un hilillo húmedo fluye a lo largo de la pierna. Tiene que llegar al talón para que me decida. Se secará en las sábanas, como cuando yo era Pelo de zanahoria".☐